

WOMEN OF MAIZE

Recibido: 14 de febrero de 2021
Aprobado: 12 de marzo de 2021

MUJERES DE MAÍZ *

EDGAR ÁVILA RÍOS

* Guimar Rovira, Era, 1997.

Y a pesar de todo lo adverso en sus existencias, las indígenas enseñaron a sus hijos e hijas a gozar del sol de la mañana, a amar la vida, a dar gracias a la tierra, a los astros. Son las mujeres y hombres de maíz.

Guiomar Rovira, escritora española.

Recuerdo claramente el año de 1998 cuando tenía casi un año de haber ingresado como profesor al CCH plantel Naucalpan. En algún momento de la clase de las once de la mañana, dos profesoras me solicitaron dar información a un grupo de segundo semestre. Ellas, Laura (del Área de Talleres) y Rosa Elisa (de Histórico-Social) invitaban a la comunidad *cecechachera* naucalpense a apoyar a los pueblos zapatistas haciendo acopio de medicinas, víveres, ropa, juguetes, etc., que tanto hacían falta en esos territorios de la selva lacandona. Apenas dieron la información, pregunté si todavía había lugares en el camión que haría la travesía a Chiapas y así me sumé a la caravana, siendo mi primer viaje, que después sería multiplicado durante ocho años posteriores. Logramos juntar casi tres toneladas de ayuda humanitaria y la fuimos a entregar directamente al pueblo de Acteal, lugar tristemente célebre por la matanza de mujeres, niños y ancianos indígenas en 1997 que no formaban parte del Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), pero que también fueron víctimas de una agresiva oleada represora

del gobierno del estado chiapaneco, encabezado por Julio César Ruiz Ferro, y el expresidente Zedillo.

Para esos días, ya había leído los tres primeros tomos de *Documentos y comunicados* del EZLN y me impresionó profundamente lo ahí escrito: indígenas agraviados ancestralmente que ahora luchaban, sin armas, por ser mexicanos de primera y recuperar su dignidad. En este ejército rebelde participaban hombres, mujeres, niños y ancianos que proponían el “para todos todo, nada para nosotros y el mandar obedeciendo”, consignas que emergían desde las entrañas milenarias de la vida comunitaria y de la resistencia indígena.

Veintitrés años después puedo decir que el Colegio de Ciencias y Humanidades me inició dentro de la historia indígena y en este movimiento social. Al hacer entrega de la ayuda, en plena tarde de la selva, en la comunidad de Polhó, exactamente en el municipio de Chenalhó, recordé también los días del temblor del 85. En la ciudad, la ayuda llegaba a manos de quien alcanzaba; en las comunidades, estas contribuciones eran almacenadas, clasificadas y repartidas de acuerdo con la cantidad de personas del pueblo, sexo, edades y tamaños y les tocaba a todos, sin excepción.

En la siguiente caravana conocí a dos señores que encabezaban la creación de talleres de calzado en pueblos rebeldes, ellos consideraban que esta labor favorecería la autonomía, principio vital de su batalla por la dignidad. Noel Mundo y Luis Arévalo habían ya abierto cerca

EDGAR ÁVILA RÍOS

Sociólogo por parte de la Facultad de Estudios Superiores (FES) Acatlán y con estudios de maestría en Psicología Social, por la Universidad Autónoma Metropolitana (UAM) unidad Xochimilco. Es profesor de asignatura “A”, definitivo en el Colegio de Ciencias y Humanidades (CCH), plantel Azcapotzalco, con 23 años de antigüedad, imparte las asignaturas de Historia Universal I y II, e Historia de México I y II. Se centra en los asuntos indígenas y ha impartido conferencias y realizado ferias culturales tanto en su plantel de adscripción como en el plantel Naucalpan.

Indígenas agraviados ancestralmente que ahora luchaban, sin armas, por ser mexicanos de primera y recuperar su dignidad.

de cinco talleres en las cañadas de la selva neozapatista. Conformamos un grupo que se llamaba Colectivo Universitario por la paz en Chiapas, en el cual se incorporaron profesores y alumnos de la UNAM, UAM e IPN. Nuestras tareas también serían favorecer la apertura de estos talleres y el acercamiento a la vida de los pueblos zapatistas, bases de apoyo de las tropas insumisas que luchaban por la paz y que practicaban la democracia al interior de sus filas.

Para el año 2000 inicié como profesor de licenciatura en la entonces Escuela Nacional de Estudios Profesionales (ENEP) Acatlán, dentro del tronco común sociopolítico de esa época. Tuve alumnos de las carreras de Ciencias Políticas y Administración Pública, Relaciones Internacionales y Sociología con quienes compartí mi interés por esta sublevación india. Por supuesto, también participaron en las caravanas y contribuyeron con los objetivos del colectivo universitario. Los viajes duraron hasta el año 2005, establecimos un lazo humanitario muy sólido con cada una de las comunidades que visitamos y algunos talleres lograron el propósito inicial propuesto por don Luis, el maestro zapatero del barrio de Tepito. Desafortunadamente, Mundo fue desaparecido político en el año 2009 por su trabajo social que también ejercía en su estado natal Guerrero, fue encontrado muerto en la Ciudad de México entre los años 2012 y 2013. Aprendí mucho de ellos y ellos también estaban agradecidos con la participación del plantel Naucalpan y de la ENEP Acatlán.

A la fecha, sigo leyendo en clase documentos y comunicados del EZLN con todos

mis grupos de las materias de Historia Universal I y II e Historia de México I y II, ahora sólo en el plantel Azcapotzalco, y esta experiencia que marcó mi vida sucedió por el simple hecho de ser docente en el Colegio, porque en cualquier otra institución no hubiera existido esa oportunidad. Y lo digo porque en marzo de 1999, previo a la huelga estudiantil en nuestra máxima casa de estudios, también laboraba en la Prepa 9, de la UNAM, y en una ocasión nos cancelaron la visita de los delegados zapatistas que recorrían todo el país para promover una consulta sobre derechos y cultura indígena, argumentando que el ambiente académico de la comunidad estaba en plena efervescencia política y que esta actividad académica contribuiría más a la agitación.

En cada pueblo observé la congruencia de lo que se escribía en los relatos del subcomandante Marcos o el Comité Clandestino Revolucionario Indígena y lo que se hacía en la vida cotidiana. Sin embargo, había un hueco que observábamos en nuestro trabajo de campo y ese era el de las mujeres: su trabajo comprometido con su familia y la comunidad, su falta de educación, su paciente labor con sus hijos, el uso sólo de su lengua natal, su pobreza y marginación, pero de la misma manera su enorme deseo para que las cosas cambiaran para su beneficio. De eso trata el libro de Rovira, del que les hablaré a continuación.

Guiomar Rovira (Barcelona, España, 1967) es doctora en Ciencias Sociales en el área de Comunicación y Política de la UAM Unidad Xochimilco, profesora investigadora de la Universidad Autónoma de

la Ciudad de México (UACM); además, es autora de los libros *Mujeres de maíz* (Era, México, 1997), *Zapata vive* (Virus, Barcelona, 1994), *Zapatistas sin fronteras* (Era, México, 2009), sobre el alzamiento zapatista de Chiapas. El texto que nos ocupa cuenta con una edición y tres reimpressiones de los años 1998, 1999 y 2000, con mil ejemplares tirados.

Desde nuestra óptica, la autora desarrolla una aportación interdisciplinaria integrando estudios de género, antropología social, historia regional y local, literatura de México, derecho consuetudinaria, economía, sociología, psicología social, pedagogía y, desde luego, su principal inclinación, el periodismo o las ciencias de la comunicación. Nos parece una obra notable y bien lograda gracias a la conjunción de la lectura de indagaciones previas junto a su investigación de campo recorriendo tanto la Selva Lacandona como los Altos de Chiapas pasando por Montes Azules, que incluye pueblos indios distantes entre sí y de muy difícil acceso, como La Realidad, Guadalupe Tepeyac, Amador Hernández, San Pedro Chenalhó, Morelia o La Garrucha. Esta exploración le debió haber llevado varios meses o años entre 1994 y 1995. Además, son amplias las referencias femeninas en donde incluye grupos étnicos como los choles, mames, tezeltales, tzotziles, tojolabales y chamulas.

Históricamente, el libro hunde sus raíces hasta las dinastías mayas para decir que, en efecto, hubo mujeres que ocuparon los puestos máximos de poder político y religioso, desde Palenque, Chiapas, hasta Copán en Honduras; existen bajorrelieves que dan cuenta de cómo los reyes buscan acuerdos con ellas. Después hubo, en la Colonia, sublevaciones chiapanecas y zoques (1532-1534), zendales (1712) y, posteriormente, chamulas (1869-1870). En todas ellas se dieron intervenciones femeninas:

[...] la resistencia de los pueblos mayas sería secreta y soterrada. En las manos de las mujeres estaría salvaguardar la lengua, los ritos, las tradiciones, las costumbres que heredarían a sus hijos e hijas hasta hoy. Les tocó a ellas, porque los hombres tuvieron que salir, buscar trabajos, enrolarse, aprender español, abandonar el hogar, mientras ellas, sumidas en la miseria, mantenían allí la lumbre de lo permanente. (Rovira, 1997, p. 21).

Esto se complementa con el despojo agrario de los siglos XIX y XX que los obligó a ceder sus parcelas a los terratenientes y someterse a un régimen de fuerza de trabajo sobreexplotada, reprimida y miserable; en el caso de las mujeres, gratuita y con derecho de pernada, visto como algo natural. Sin embargo, en 1974 hace un corte en la historia en virtud de que se efectúa el Congreso Indígena en San Cristóbal de las Casas, y los indios empiezan a organizarse para reclamar sus derechos, mejores salarios y condiciones de vida. Veinte años después, emerge el EZLN diciendo “¡ya basta!”, mostrando a México y al mundo entero que los indios vivían en condiciones de extrema pobreza y que aspiraban y exigían ser mexicanos de primer nivel, no de cuarta o quinta categoría. Al tomar las cabeceras municipales de Altamirano, Ocosingo, San Cristóbal y Las Margaritas, encontramos una nutrida participación de mujeres con grados militares: comandante Ramona, mayor Ana María, capitanas Irma, Elisa, Maribel, Silvia; insurgente de infantería Isidora, subteniente de sanidad Amalia, teniente Elena, sólo por citar algunas.

¿Qué obligó a estas mujeres indígenas a tomar las armas, arriesgar sus vidas y formar parte de un ejército rebelde? En palabras de la mayor Ana María:

Desde niñas empezamos a cargar los hermanitos y a ayudar a moler el maíz y a hacer tortilla y a barrer la casa o lavar. No hay chance pues para ir a la escuela, aunque haya una en el poblado, tenemos que ayudar a la mamá. La misma mamá se ve obligada a dejar la niña en casa para que cuide del bebito, mientras va a traer algo o a trabajar en la milpa. Deja a su niño encargado a la niña más grandecita, y la niña deja de ir a la escuela porque tiene que cuidar a su hermanito, tiene que ayudarle a su mamá, y así me pasó a mí, pues, ésa fue mi vida.

Ya en la adultez, el horizonte seguía siendo de trabajo. La misma Ana María nos da un claro ejemplo de una jornada laboral femenina iniciada a las tres de la mañana:

[...] una mujer indígena no para todo el día. La mujer campesina se levanta a hacer pozol y la comida, el desayuno para los hombres. Si necesita leña, va y trae su leña, si necesita maíz, va a la milpa a cargar su maíz o a traer verduras o lo que tenga. Va y regresa, lleva a su niño cargando en la espalda o en el pecho, prepara la comida. Y así se la pasa todo el día hasta que entra la noche, de lunes a domingo. Todavía los hombres en las comunidades, los domingos tienen chance de ir a divertirse, a jugar básquet, o barajas, pero la mujer no, se dedica a todo, todos los días, no tiene descanso. (Rovira, 1997, pp. 69-70).

De igual manera, Ana María contesta la segunda parte de nuestra pregunta:

Aprender. Ésa es la clave, ésa es la razón y la gran atracción que el EZLN ejerce para las muchachas. Todas, al ingresar

como insurgentes, deben de aprender a hablar castilla, la lengua de comunicación dentro de un ejército formado por distintas etnias. Y la lengua del poder establecido para defenderse del poder. El EZLN abre esa oportunidad, la de leer y escribir, la de saber sobre historia y política, encontrarse con otras jóvenes, compartir inquietudes culturales, montar obras de teatro, inventar canciones [...] allí, en el seno de las filas zapatistas, las mujeres demuestran su inteligencia, habilidad de mando, sentido de responsabilidad. (Rovira, 1997, p. 74).

Rovira desarrolla múltiples entrevistas a profundidad o autobiográficas con mujeres rebeldes, destacando cómo era su vida familiar previa al alzamiento:

[...] en toda comunidad, todo el municipio, las mujeres estamos bajo mandato de los hombres. Cuando somos chicas siempre nuestras madres nos enseñan que tenemos que respetar a los hombres, que tenemos que obedecerlos, que no hay que protestar, no hay que contestar. Lo que te dice el hombre hay que aceptarlo, lo que te dice tienes que creerlo. Y así crecí también, muy maltratada de mis hermanos y de mi padre, porque son varones. (Rovira, 1997, p. 35).

A lo largo de poco más de dos centenares de páginas, la autora catalana nos relata que la vida en estos pueblos se modificó sustancialmente, pero que requirió de muchos años de lento trabajo político y comunitario. Este proceso aún no concluye y en muchos lugares de Chiapas la mujer sigue todavía sin contar para la vida pública. Sin embargo, la semilla de la revolución de las costumbres está ya depositada y rinde sus frutos.